

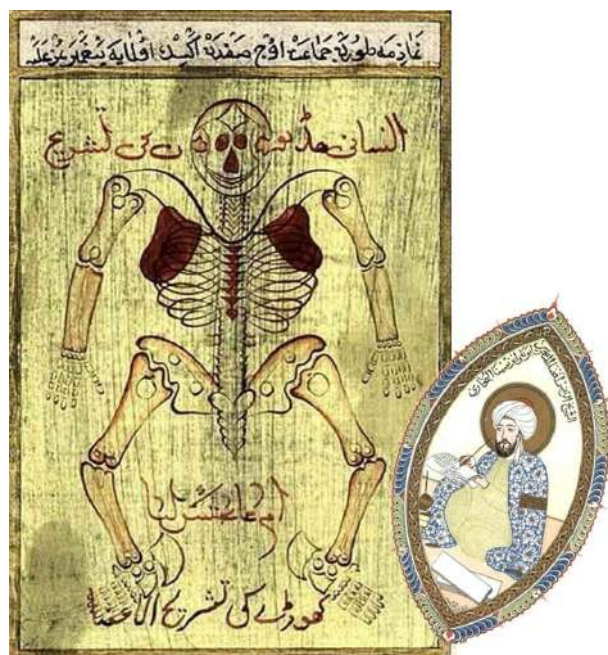
POLVO DE MOMIA EGIPCIA, UN ANTOJO PARA LA REINA DE NAVARRA

Miguel Javier GUELBENZU FERNÁNDEZ
miguelbenzu@hotmail.com

Durante la Edad Media europea se puso de moda algo que podríamos considerar tan descabellado como es utilizar polvo de momia egipcia triturada como remedio medicinal. Se empleaba para tratar un sinfín de afecciones: diarrea, artritis, poliomyelitis, reuma, etc. También servía para preparar ungüentos que supuestamente podían aumentar la potencia sexual o evitar el envejecimiento. Se sabe a ciencia cierta que el rey de Francia Francisco I (1494-1547) acostumbraba a viajar con una provisión de polvo de momia. De esta manera, si enfermaba o resultaba herido podría sanar rápidamente gracias a sus "propiedades curativas". Quizá influenciado por tan importante personaje, años más tarde un rey de Navarra envió a Egipto a su médico personal en busca de tan preciado "medicamento".

En el siglo I, el escritor romano Plinio el Viejo describió por primera vez las bondades del polvo de momia: "corta hemorragias, cicatriza heridas, trata cataratas, sirve como lillimento para la gota, cura el dolor de muelas y el catarro crónico, alivia la fatiga al respirar, corta la diarrea, corrige los desgarros musculares, endereza las pestañas que molestan al meterse dentro de los ojos". En fechas parecidas, un médico griego llamado Dioscórides afirmaba en uno de sus tratados "que el uso de la momia, tanto inhalada como ingerida, funcionaba como remedio para casi todo: contra los abscesos, los vértigos, las erupciones, las epilepsias o las fracturas óseas". Casi mil años después, el gran filósofo y sanador persa Ibn Sina, Avicena (980-1037), escribía que el polvo de momia era uno de los remedios más importantes para la sanación de todo tipo de dolencias, incluso como antídoto para todos los venenos conocidos. Corroborando estas afirmaciones, cuatro centurias más tarde el alquimista suizo Paracelso (1493-1541), llegó a manifestar "que no hay mejor remedio para el cuerpo humano que el propio cuerpo humano reducido a medicamento". En 1571 el médico italiano Pietro Andrea Mattioli (1501-1577) en su obra "Los discursos" extendía su uso a anginas de

pecho y hemorragias. En Turín, en el mismo siglo XVI veían la luz unos manuscritos que describían el proceso de fabricación del licor de momia: "carne de hombre joven y sano, muerto de muerte violenta, como ingrediente básico. Se corta en trocitos pequeños y se mete en un tarro de cristal,

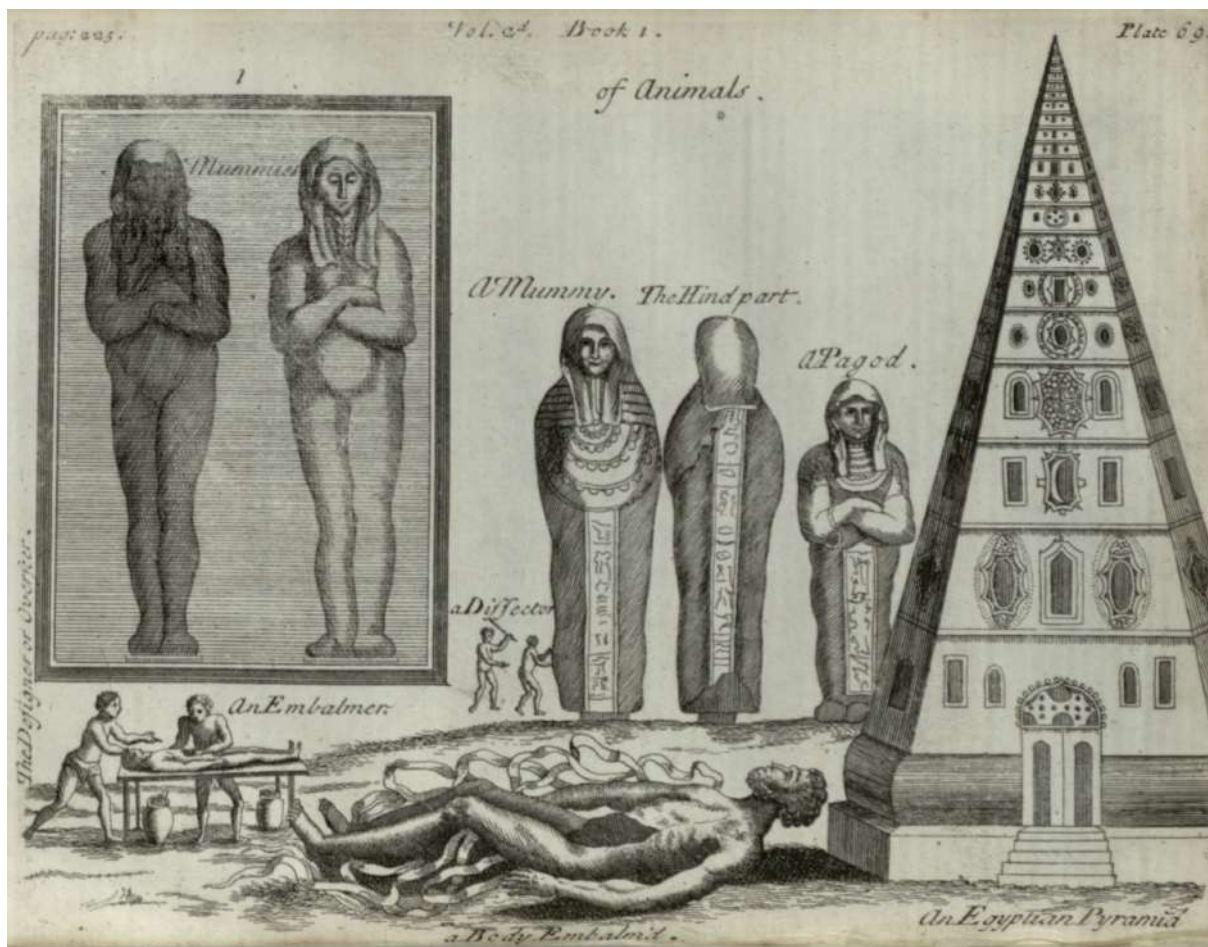


Canon de Avicena, compendio de su sabiduría médica.

Miniatura representando a Ibn Sina, Avicena.

bien cubierta de aceite y se precinta el tarro. Se deja durante un mes, luego de destila en una retorta. Por cada libra de producto destilado, se añade triaca y musgo. Se mezcla todo con diligencia y de nuevo se deja durante treinta días en lugar caliente". La triaca, también conocida como teriaca, era un preparado compuesto por diferentes fármacos que incluía opio, y en ocasiones carne de víbora, popularizado en el Medioevo para tratar todo tipo de enfermedades. Poco antes, el médico y clérigo inglés William Bulleyn

quisieran hacerse con tan preciado producto cuyo comercio ya había nacido en el siglo XII, controlado en su mayoría por judíos y popularizado por un médico árabe de nombre Al-Magar, que tenía la costumbre de recetar aquella sustancia a sus pacientes. Así Pierre Pomet, el boticario de Luis XIV, escribió extensamente sobre las virtudes médicas de la *mumia*, llegando a conferir un grabado detallado, y no muy exacto, sobre cómo imaginaba que las momias estaban preparadas para el entierro.



(1515-1576) había recomendado "que los restos del 'mumia patibuli' sean molidos, mezclados con agua e inhalados con una especie de jeringa para evitar la enfermedad". Con todas estas afirmaciones de tan distinguidos galenos y afines, es de entender que el escritor británico Thomas Browne, erudito en religión, esoterismo, y medicina, afirmara con su ingenio y sutil humor que "las momias han sido mercantilizadas, Misraim (Egipto) cura heridas, y los faraones son bálsamos".

Ante tales propiedades, no es de extrañar que nobles y gobernantes de la época

Grabado de las momias preparadas para el entierro del manual de drogas (Pierre Pomet, A Compleat History of Druggs, publicado en Londres, 1712).

La utilización de momias con fines terapéuticos comenzó por un desliz lingüístico. Antiguamente los persas comerciaban con betún, un líquido negro y viscoso al que se le atribuían propiedades saludables al que llamaban "mumia" (mumia, mumiya, mum). Cuando algunos mercaderes europeos llegaron a Egipto y contemplaron por primera vez una momia

creyeron que estaban recubiertas de betún, de *mumia*. Nada más lejos de la realidad. Para mantener los cadáveres en buen estado, los egipcios embalsamaban los cuerpos revistiéndolos con unas resinas y sales que con el tiempo se descomponían dándoles un aspecto oscuro y duro, parecido al del betún. Se produjo la confusión: si la *mumia* tenía propiedades milagrosas para el cuerpo humano, también lo tendría aquello con lo que se impregnaba a las momias egipcias. Con el paso del tiempo el error fue creciendo y se empezó a aplicar el vocablo *mumia* a la totalidad del cuerpo de la momia, popularizándose el empleo de los cuerpos momificados como instrumento curativo. Los cruzados culminaron el proceso ya que contaban que la *mumia* tenía propiedades milagrosas, curando inmediatamente las heridas y soldando en pocos minutos los huesos rotos. El acercamiento con la cultura árabe y el conocimiento de las maravillas de oriente en la Europa cristiana facilitaron que los polvos de *mumia* se hicieran un hueco en los albarelos de las reboticas.



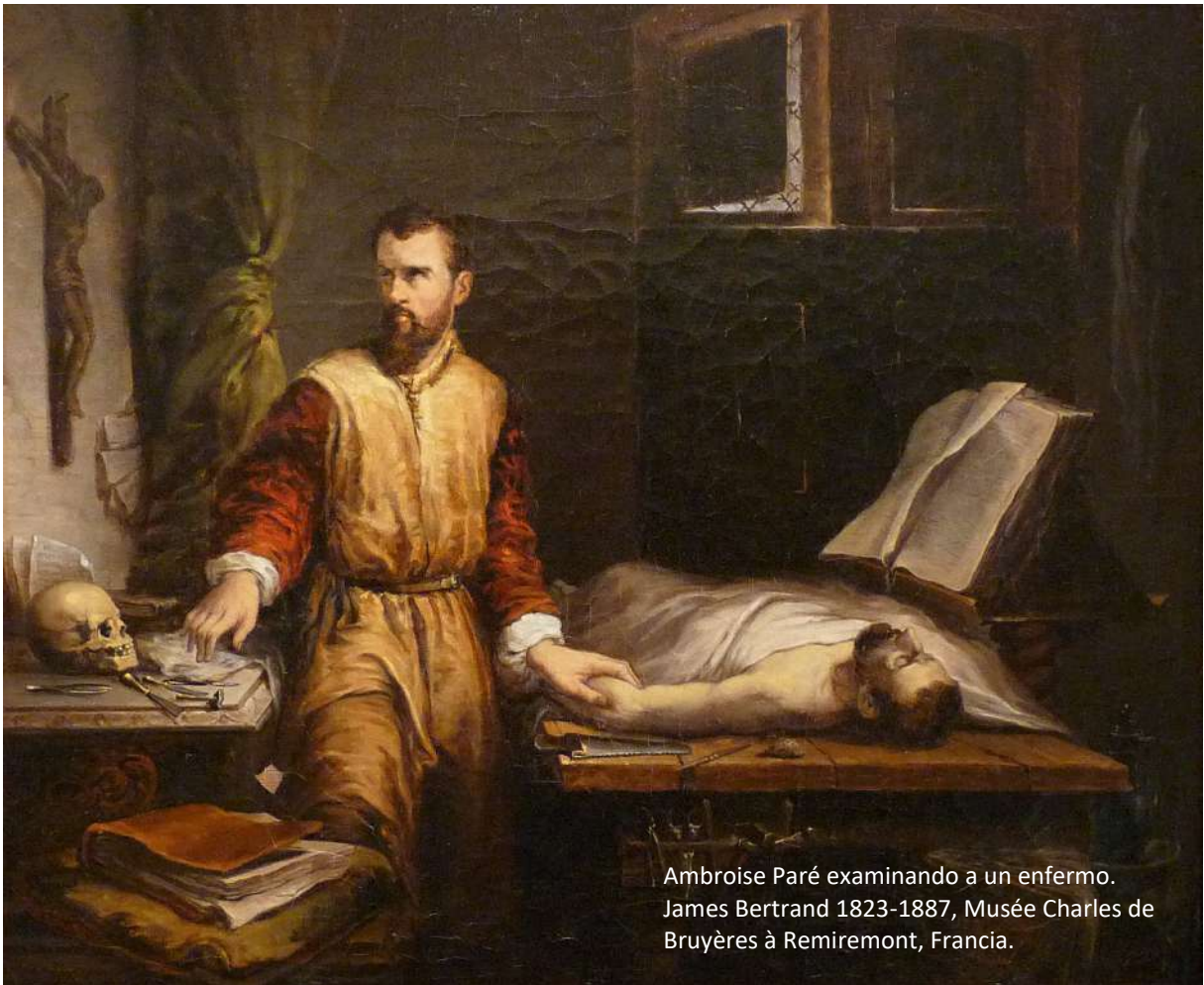
Envase de *mumia* del siglo XVIII Museo Alemán de Farmacia, Heidelberg.
 Vendedor de momias egipcias. Fotografía de Felix Bonfils, 1875.

Las consecuencias fueron muy negativas, ya que todo aquel que se creía algo tenía que hacerse con el supuesto medicamento: el polvo obtenido al atomizar las momias se diluía en vino o en agua con miel y se dispensaba a la atribulada clientela. Tal fue la necesidad creada, que en algunos casos se llegaron a vender directamente trozos de cadáveres o, también, una pasta de coloración negruzca. Además, en un alarde de creatividad, se elaboraron y comerciaron unos ungüentos obtenidos mezclando sustancias oleosas, a los que se

atribuyeron efectos rejuvenecedores de la piel. Aunque todos esos productos poco tenían que ver con las momias egipcias, estas se convirtieron en un negocio muy lucrativo. Al principio no fue difícil conseguirlas, pero el tremendo aumento de la demanda provocó que la materia prima empezase a escasear. Los saqueadores de tumbas se esmeraban al máximo, pero su trabajo no conseguía abastecer al próspero mercado europeo, por lo que no hubo más remedio que recurrir a la falsificación. No tardaron en aparecer comerciantes sin escrúpulos que momificaron alegremente cuerpos de esclavos, cadáveres abandonados o personas injusticiadas, dando gato por liebre a incautos boticarios. El resultado que conseguían era de una calidad tan elevada que cuando se comenzó a realizar pruebas de rayos X se descubrió que muchos museos exhibían en sus vitrinas falsas momias egipcias (En los Museos Vaticanos tienen dos; en el Mu-



Museo darder de Bañolas, Girona. Momia falsa y bosquimano disecado.

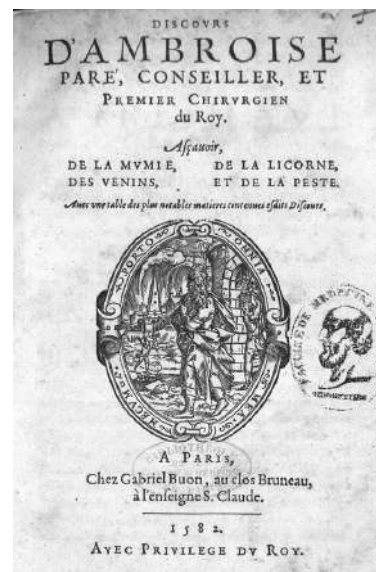


Ambroise Paré examinando a un enfermo.
James Bertrand 1823-1887, Musée Charles de
Bruyères à Remiremont, Francia.

seo Darder de Bañolas, el del bosquimano disecado, otra; pero se sabe que entre todas las colecciones europeas suman más de 40).

La primera persona en denunciar el uso fraudulento de la *mumia* fue el cirujano francés Ambroise Paré (1510-1590) que, sin embargo, contaba una anécdota en la que un distinguido dignatario le había reclamado su no utilización. Monsier Christophe Juvenal des Ursins (1525-1588), que era Gobernador General de París, se había lesionado gravemente al ser arrojado al suelo por su montura. Requerido Paré para atenderlo, lo encontró inconsciente. Tras aplicarle las medidas que consideró necesarias, el resultado fue favorable y el paciente recobró el sentido. No obstante, tras preguntarle por el tratamiento, el herido increpó de muy malas maneras al médico que le había salvado por no haber utilizado el polvo de momia sobre la contusión. La situación propició que el terapeuta despotricase contra el uso injustificado de la sustancia, ganándose la animadversión de la Facultad de Medicina

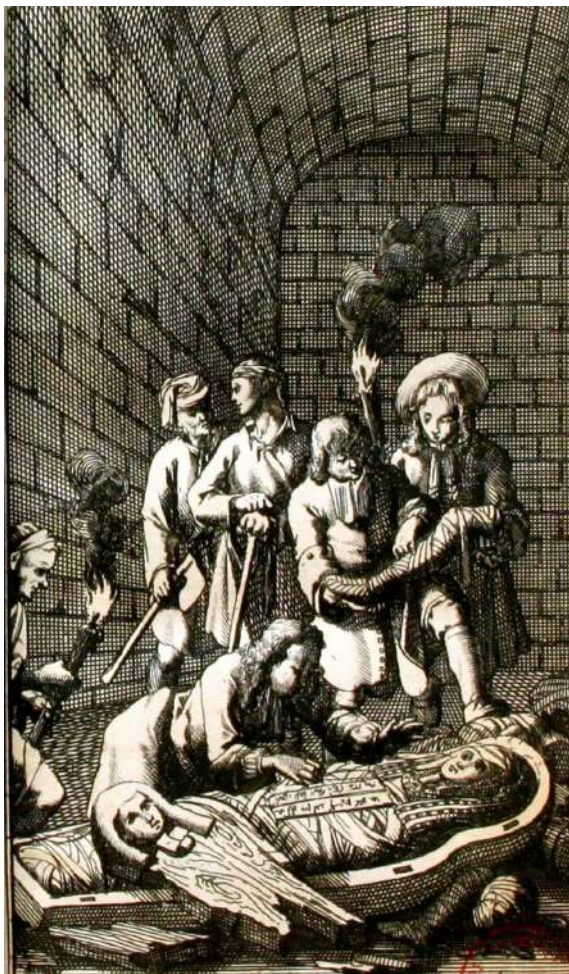
de la Sorbona de París. Pensando que el remedio no solo era improductivo, sino definitivamente peligroso, en 1582 escribió un tratado en el que bajo el título de "Discurso de la momia, de los venenos, del unicornio, y de la peste" concluía que *"los antiguos egipcios jamás pensaron en hacer embalsamar sus cuerpos para ser comidos por cristianos; sino que tenían en tan gran-*



Ambroise Paré.
Discurso de la momia, de los venenos, del unicornio, y de la peste.

de honor, reverencia y recomendación los cuerpos de los fallecidos, por la esperanza de la resurrección, que indagaron cómo embalsamarlos para conservarlos y guardarlos por siempre".

Lo curioso del tema es que el doctor Paré conoció la realidad de la estafa en una conversación con un personaje originario de Navarra. De las crónicas se deduce que el rey navarro era un adicto consumidor de polvo de momia, pero su popularidad era tanta que la demanda superó a la oferta. No se sabe si a instancias del monarca o por iniciativa propia, pero en 1564 se encuentra a Guy de la Fontaine, el médico personal del soberano, en la ciudad egipcia de Alejandría comprobando la magnitud del problema de escasez e intentando adquirir in situ el preciado remedio. Por la fecha, el mandatario en cuestión sería una mujer, Juana de Albret (1528 -1572), que reinó en la Baja Navarra con el nombre de Juana III de Navarra. Aunque ella reclamaba y se consideraba reina de



Examinando momia contenida en sarcófago recién abierto en Saqqara.
Jean de Thevenot (1633-1667).



La ciudad egipcia de Alejandría 11 años después de que la visitara Guy de la Fontaine, según un plano de Braun & Hogenberg, 1575.

toda Navarra, sólo controló la parte pirenaica ya que el Viejo Reino ya se había incorporado al de Castilla en 1512. Ambroise Paré relataba años más tarde el chasco que se había llevado Guy de la Fontaine al evidenciar que todo lo relacionado con la *mumia* era un enorme fraude: "Un día, hablando con Guy de la Fontaine, médico célebre del rey de Navarra, y sabiendo que había viajado por Egipto y la Berbería, le rogué que me explicase lo que había aprendido sobre la *mumia* y me dijo que, estando el año 1564 en la ciudad de Alejandría de Egipto, se había enterado que había un judío que traficaba en *mumias*; fue a su casa y le suplicó que le enseñase los cuerpos momificados. De buena gana lo hizo y abrió un almacén donde había varios cuerpos colocados unos encima de otros. Le rogó que le dijese dónde había encontrado esos cuerpos y si se hallaban, como habían escrito los antiguos, en los sepulcros del país, pero el judío se burló de esta impostura; se echó a reír asegurándole y afirmando que no hacía ni cuatro años que aquellos cuerpos, que eran unos treinta o cuarenta, estaban en su poder, que los preparaba él mismo y que eran cuerpos de esclavos y otras personas. Le preguntó de qué nación eran y si habían muerto de una mala enfermedad, como lepra, viruela o peste, y el hombre respondió que no se preocupara por ello fuesen de la nación que fuesen y hubiesen muerto de cualquier muerte imaginable ni tampoco si eran viejos o jóvenes, varones o hembras, mientras los pudiese tener y no se les pudiese reconocer cuando los tenía

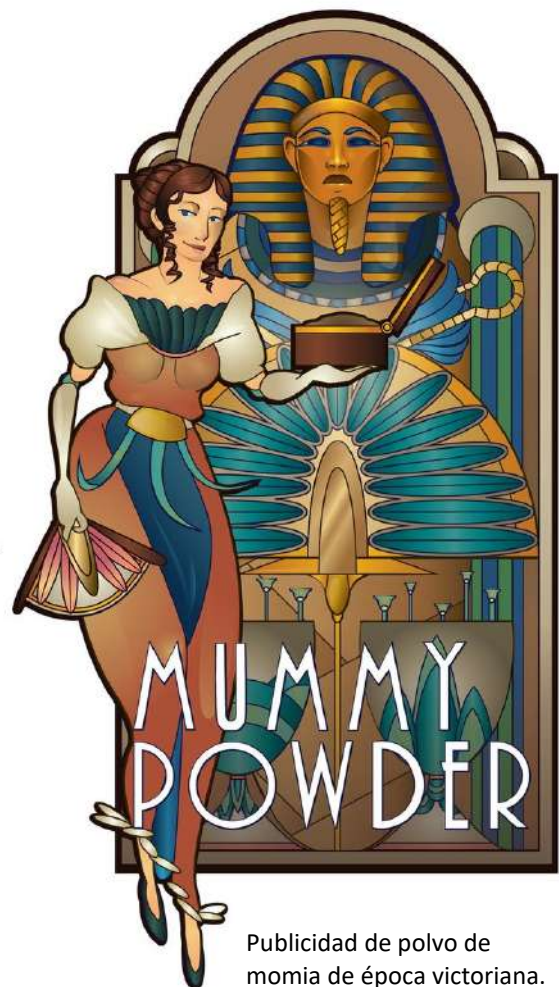


Retrato de Juana d'Albret, Reina de Navarra. Del grabador flamenco Gaspar Bouttats (1648-1695).

embalsamados. También dijo que se maravillaba grandemente de ver cómo los cristianos apetecían tanto comer los cuerpos de los muertos. Como Guy de la Fontaine le insistiese en que le explicase cómo lo hacía para embalsamarlos, dijo que extraía el cerebro y las entrañas y hacía grandes incisiones en los músculos: después los llenaba de pez de Judea, llamada asfaltites, y con tiras de ropa mojadas en dicho licor las colocaba en las incisiones y vendaba separadamente cada parte y cuando esto se había hecho envolvía todo el cuerpo en un trapo impregnado del mismo licor. Una vez efectuado todo esto los metía en cierto sitio y les dejaba que se "confitasen" dos o tres meses. Finalmente Guy de la Fontaine le dijo que los cristianos estaban bien engañados al creer que los cuerpos momificados fuesen extraídos de sepulcros antiguos y el judío

respondió que era imposible que Egipto pudiese proporcionar tantos millares de cuerpos como eran pedidos por los cristianos, pues es falso que en aquellos días se embalsamase a nadie, ya que el país estaba habitado por turcos, judíos y cristianos, que no acostumbraban a usar tal tipo de embalsamamiento, como era habitual en los tiempos en que reinaban los faraones".

Casi seguro que Guy de la Fontaine regresó a la Baja Navarra decepcionado y dejando a Juana de Albret descompuesta y sin polvo de momia egipcia.



Publicidad de polvo de momia de época victoriana.